





# Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, empresas, lugares, eventos y hechos que menciona o bien son producto de la imaginación de la autora o bien se utilizan ficticiamente.

Título original: *The Moonlight Child*

© 2020, por Karen McQuestion. Publicado según acuerdo  
con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria.  
© 2023, de la traducción por Gemma Deza Guil  
© 2023, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2023

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)  
[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)  
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-19620-32-3

Código IBIC: FA

DL: B 12.354-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Grafime Digital, S. L.

Impreso en octubre de 2023 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Karen McQuestion

# La casa al final de la calle

Traducción de Gemma Deza



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2023



*Para Jessica Fogleman,  
una correctora extraordinaria*





# Capítulo 1

Era el cumpleaños de Morgan. Habían pasado ya tres años, pero, en la mente de Wendy, su hija seguía siendo una joven de dieciocho, la edad que tenía cuando discutieron y se marchó de casa hecha una furia, con una mochila con sus trastos al hombro. Sus palabras de despedida fueron:

–Estoy harta de ti. ¡Por mí como si te pudres en el infierno!

Edwin había vaticinado que regresaría, pero el día que discutieron Wendy tuvo un mal presentimiento. Hacía meses que Morgan y ella no dejaban de reñir, sobre todo por el novio que se había echado Morgan, Keith, que era mucho mayor que ella, y por la nueva pandilla de amigos con la que iba, unos drogatas a juicio de Wendy. Morgan había sido una adolescente difícil, y su comportamiento había empeorado cuando había conocido a aquella gente, trabajando de camarera en un antro de mala muerte en el centro de la ciudad. Una adolescente de dieciocho años con un empleo en un garito nocturno era una ecuación infalible para tener problemas. Sus padres no habían encajado bien su anuncio de que había encontrado aquel trabajo. Wendy le había dicho que dudaba incluso de que fuera legal.

–Aún no tienes veintiún años –había señalado–. Se supone que ni siquiera deberías pisar ese lugar, y mucho menos trabajar ahí.

Y Morgan le había disparado a modo de respuesta:

–Con las propinas gano el triple que trabajando de dependienta en un comercio. Dijiste que, si no iba a la universidad, tenía que ganar lo suficiente para mantenerme. Y cuando voy y lo consigo, te dedicas a buscar peros.

Morgan sabía cómo dar la vuelta a las palabras de Wendy y con-

vertirlas en armas arrojadas, y su madre se desesperaba. Wendy era de naturaleza conciliadora, pero Morgan parecía dispuesta a discutir por todo.

Edwin le había recomendado a Wendy que no interviniera:

–Déjala que lo vea por sí misma. Se cansará. Se dará cuenta de que esa gente no va a hacer nada en la vida. La hemos criado bien. Ya volverá.

–Y si no se cansa, ¿qué? –preguntó Wendy–. ¿Y si no vuelve?

–Wendy, no podemos hacer mucho más. Es adulta. Cuanto más la presiones, más se rebotará. Si mantenemos la calma y no rompemos el contacto con ella, volverá cuando esté preparada para hacerlo. Créeme. Es solo una fase.

Estaba completamente en desacuerdo, pero había cedido, convencida de que Edwin era el más sensato e imparcial de los dos. Además, como profesor universitario, lidiaba con chavales de la edad de Morgan a diario. Podría decirse que era un experto tratando a jóvenes de dieciocho años. En su fuero interno, Wendy presentía que Edwin se equivocaba, pero parecía tan seguro que la hizo dudar. Con el tiempo se arrepentiría. Siempre se había guiado por su instinto maternal, y aquella vez no le hizo caso.

El alcohol y las drogas se habían convertido en los monstruos que dominaban a su hija. No podía demostrar que Morgan consumiera drogas, pero su instinto le decía que así era. La personalidad de Morgan había cambiado. Se había vuelto temperamental y había adelgazado, cosa que ella había atribuido al trabajo físico que desempeñaba. Para ilustrarlo, había marcado bíceps y le había dicho:

–Me he puesto así de cachas de tanto subir cajas de cerveza del sótano.

Lo dijo presumiendo, como si se sintiera orgullosa. Cuando su nueva mejor amiga, una tal Star, se había presentado en la puerta de casa preguntando por Morgan, Wendy pensó que parecía una drogadicta salida de un telefilme, con el pelo greñado, los ojos inyectados en sangre y aquellos movimientos agitados. Había ido a pedirle que le prestara dinero, estaba claro, cosa que

Wendy había captado a pesar de los susurros intercambiados en el vestíbulo.

Y después de tantas riñas y de tanto padecer, Morgan se había esfumado sin más.

Al principio creyeron que se habría instalado en casa de algún amigo. Pero tras dos días desaparecida, Wendy decidió poner una denuncia. La policía se había mostrado comprensiva, pero no había ayudado mucho. Técnicamente, le habían señalado, Morgan no había desaparecido. Sus palabras de despedida habían sido un mensaje inequívoco de que se iba por voluntad propia. Aun así, los agentes habían sido amables. Habían interrogado a toda la gente sospechosa que frecuentaba el bar donde trabajaba Morgan. Habían preguntado por su novio, Keith, pero nadie parecía saber mucho de él, y mucho menos dónde estaba o cómo contactar con él. Para su más absoluto bochorno, Wendy se dio cuenta de que ni siquiera sabía cómo se apellidaba. Cuando le había preguntado a Morgan su nombre completo, su hija la había acusado de estar interrogándola, así que no había insistido. Y ahora se daba cuenta de que había sido un grave error.

La policía no tardó en llegar a un punto muerto, pero Wendy le agradeció que al menos lo hubieran intentado.

Para no perder la cordura dándole vueltas a aquel asunto, se había mantenido muy ocupada durante todo el primer año. Además de su empleo a jornada completa como contable en un bufete de abogados, había colgado carteles, había hecho llamadas telefónicas y había creado una página web. Había telefonado al móvil de Morgan de manera constante hasta que dejó de saltar el contestador. La compañía telefónica le informó de que la cuenta se había dado de baja, pero no pudieron facilitarle ninguna información adicional. Cada mañana comprobaba si había comentarios en la página web, a pesar de que las pistas nunca habían conducido a nada concreto. El titular en la página web decía: «¿Has visto a nuestra hija, Morgan Duran?». Abajo, Wendy había publicado un *collage* de fotografías de Morgan y su descripción física: metro sesenta y ocho de altura, complexión esbelta, ojos pardos, cabello

castaño oscuro y piel morena. Pero había dejado tantas cosas por decir sobre ella... Por eso Wendy había añadido: «Morgan, si lees esto, por favor, vuelve a casa. Te echamos muchísimo de menos».

Eran tantos los recuerdos. Desde muy pequeña, cuando sonreía, el mundo se iluminaba, y su risa era contagiosa. Su hermano mayor, Dylan, la adoraba..., seguía adorándola.

A medida que pasaba el tiempo, Edwin y Wendy solo hablaban sobre Morgan cuando estaban en la cama, porque la oscuridad hacía que a Wendy le resultara más fácil expresar su pena y sus preocupaciones. Y aunque él lo negase, Wendy tenía la impresión de que Edwin pensaba que Morgan estaba muerta. No lo había verbalizado de manera explícita, probablemente porque pronunciarlo en voz alta los desgarraría a ambos, pero Wendy había captado el mensaje. Lo que le dijo fue:

–Yo estoy tan devastado como tú, pero creo que deberíamos prepararnos para lo peor.

Ella no estaba dispuesta a prepararse para lo peor, pero aquel limbo, aquella incertidumbre era igual de dolorosa y la estaba carcomiendo por dentro. En los días ajetreados en el bufete, a veces no se acordaba de ella en horas, pero no había logrado pasar ni un solo día sin sucumbir a la agonía de saber que su hija se había ido.

Dylan había sugerido que los tres enviaran una ampolla con saliva tanto a 23andMe como a Ancestry.com para que tuvieran su ADN en archivo. Por si acaso. Y Wendy lo hizo, pero su «por si acaso» contemplaba que Morgan se encontrara en coma en un hospital en alguna parte y hubiera sido imposible identificarla, y cuando su ADN coincidiera y ellos acudieran corriendo a su lado, el sonido de la voz de su madre le devolvería la conciencia y se recuperaría por completo.

Transcurridos los dos primeros años, los amigos y parientes dejaron de preguntar, porque sabían que, de haber noticias, se las comunicarían. Esporádicamente se publicaba algún artículo o algún fragmento de vídeo en internet sobre una persona desaparecida, alguien que había reaparecido tras años de ausencia y

se había reunido con su familia. Ninguna de aquellas noticias era agradable. Los protagonistas nunca eran víctimas de una amnesia. Ninguno de ellos había roto el contacto con sus familias a causa de un malentendido. Por lo general, les habían ocurrido cosas espantosas, cosas que Wendy no le desearía ni a su peor enemigo, pero, por algún motivo, la gente sentía la necesidad de reenviarle aquellas noticias, como si quisieran decirle: «¿Lo ves? Aún hay esperanza. Todavía puede pasar».

Wendy no contemplaba la opción de rendirse, así que seguía buscando en internet, comprobando si la policía tenía novedades y leyendo los comentarios de la página web con la esperanza de que sus esfuerzos condujeran a un final feliz.

Aquel día se había quedado en casa. Era el cumpleaños de Morgan y alguien tenía que celebrarlo, recordar el tiempo en que hubo una niña llamada Morgan, que empezó su andadura por la vida como una recién nacida preciosa, un bebé de 2,835 kilogramos de peso, la niñita más dulce que Wendy había visto nunca. Wendy recordó la infancia de Morgan, cuánto le gustaba disfrazarse de princesa, cómo perseguía a su hermano mayor por toda la casa como un patito y lo orgullosa que se había sentido de haber cursado toda la secundaria sin faltar ni un solo día a clase por estar enferma. Ni un solo día. Fue en el instituto donde empezaron los problemas: las insolencias y las escapadas a hurtadillas de casa, pero incluso entonces Wendy había logrado vislumbrar a su guapa, divertida e inteligente hija bajo todo ello. Era una fase, se había dicho, una fase que Wendy había rogado que pasara rápidamente. Mas pese a todo el dolor que había provocado Morgan, Wendy no la habría cambiado por nada en el mundo. Y así había sido hasta que, de manera inexplicable, el mundo se la había arrebatado.

Aquel día, tras comprobar la página web una vez más, Wendy se dirigió al armario de la despensa y sacó un paquete con dos magdalenas rellenas de nata y bañadas en chocolate. Las había comprado para la ocasión. Eran las favoritas de Morgan. Wendy colocó una magdalena en el centro de un platillo y le clavó una vela. Sacó la caja de cerillas del cajón de los trastos de la cocina y,

con manos temblorosas, rascó el fósforo de una cerrilla contra la oscura tira lateral de la cajetilla. Acercó la llama a la vela y la prendió, luego apagó la cerilla de un soplido y la arrojó al fregadero.

Llevó la magdalena a la mesa, se sentó delante de ella y cantó con voz trémula:

–Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos, Morgan, cumpleaños feliz.

Al soplar la vela, Wendy formuló un deseo.

## Capítulo 2

Antes de aquella noche, Sharon no les había prestado demasiada atención. Aunque sus patios traseros colindaban, Sharon no conocía personalmente a la familia. Por la placa del buzón, sabía que se apellidaban Fleming. Alguna vez, cuando pasaban en coche por la calle, los había atisbado un instante: la mujer, una pelirroja esbelta con un corte de pelo corto y de apariencia cara; el marido, un empresario con expresión adusta; su hijo, un adolescente con sobrepeso y ceñudo, y un perrito ladrador. Buscando en Google había averiguado que los padres se llamaban Suzette y Matthew. Pero, por más que había buscado el nombre del hijo en internet, no lo había encontrado por ninguna parte, y pensó que mejor así.

A veces veía al adolescente paseando al perro, tirando de la correa, vestido con una sudadera ancha con capucha, con los hombros encorvados como si sobrelleva un peso enorme. Al señor y la señora Fleming los veía de pasada. En ocasiones divisaba a Matthew ocupándose del jardín, pero la mayoría de las veces los veía entrando o saliendo de casa, a Suzette haciendo marcha atrás en el camino de acceso a la vivienda para aparcar su Audi plateado o a su esposo sacando el maletín del maletero de su Toyota negro de tamaño mediano tras haber aparcado en el garaje contiguo.

Nada en ellos era fuera de lo común.

Una alta valla de madera en la parte posterior de la casa impedía verlos desde el otro lado. Sharon, soltera y jubilada, no tenía nada en común con ellos, pero era curiosa por naturaleza. En los últimos tiempos, sus interacciones consistían, sobre todo, en saludar amablemente con la mano a los vecinos, ir a comer o al cine con viejas amistades, acudir a misa los domingos y mantener

frecuentes conversaciones telefónicas con su hija, Amy, que se había mudado a Boston.

Aquella noche tenía previsto ver el eclipse de superluna roja del que todo el mundo hablaba. Incluso la cajera del supermercado del barrio lo había mencionado, y había añadido que el cielo estaría despejado y en perfectas condiciones para contemplarlo.

A las once en punto, Sharon se calzó las botas y se puso los guantes y el abrigo de plumas, dispuesta a salir al exterior para disfrutar de una mejor vista. Se le antojaba un poco absurdo abrigarse de aquella manera para salir al porche de atrás, y además apenas unos minutos, pero no tenía alternativa. El enero en Wisconsin era inclemente; aquella noche, la temperatura rozaba los diez grados bajo cero. Mejor arroparse que arriesgarse a quedar congelado.

Una vez debidamente forrada, abrió la puerta corredera del patio posterior, salió y volvió a cerrarla para que el gato no se escapara. El cielo nocturno formaba una cúpula sobre ella y el aire frío dejaba a la vista las estrellas y una luminosa luna grande que colgaba como un melocotón maduro listo para la cosecha. La sombra del eclipse ya había empezado a cubrir el borde del satélite. La luz emitida viraba más a un rojizo anaranjado que al rojo sangre que habían prometido, pero no importaba. Realmente era espectacular. Contempló sobrecogida su asombrosa belleza.

Se quitó los guantes para sacarse el teléfono del bolsillo. Cuando tuvo la luna centrada en el encuadre, amplió la imagen y accionó el botón. La fotografía que obtuvo no hacía justicia a lo que veían sus ojos, pensó con pesar. Algunas cosas era mejor verlas al natural, no convertidas en píxeles.

Al bajar el móvil, una ventana iluminada en la casa de los vecinos captó la atención de Sharon. Había alguien en la cocina.

Entornó los ojos para ver mejor. Había una niña fregando los platos. Era una niña pequeña, de unos cinco o seis años. Costaba discernirlo de lejos, pero desde luego no era una adulta ni una adolescente. Por sus proporciones, intuyó que estaría subida a un taburete. Sharon estaba convencida de que los Fleming solo



tenían un hijo, aquel muchacho adolescente. ¿Era posible que tuvieran una hija también y se le hubiera pasado por alto? Le parecía poco probable. Tal vez fuera una visita. Podía ser, pero ¿cómo podía una niña tan pequeña estar fregando los platos a las once de la noche?

Desde su porche posterior, Sharon sacó unas cuantas fotografías de la niña y luego descendió la escalera para cruzar el patio. La nieve polvorienta se levantaba con sus pisadas y el gélido aire le hizo ser consciente de cada respiración. Cerca de la valla había un parterre elevado, delimitado por traviesas de ferrocarril. Sharon saltó las traviesas y se puso de puntillas, sosteniendo el teléfono en alto hasta que apareció la ventana en la pantalla. Tras esperar a que la luz se ajustara automáticamente, tomó una fotografía.

Mientras miraba, otra persona apareció en la ventana: era la dueña de la casa. Suzette se inclinó sobre la niña con aparente poca amabilidad. Movía los labios alterada y la niña se encogió y se apartó de ella. Contuvo la respiración al ver que la señora Fleming agarraba a la niña por el brazo y le señalaba algo en el interior de la casa que quedaba oculto a Sharon. Un segundo después, las dos desaparecieron de su vista.

«¿Qué ha sido eso? Qué raro...».

Sharon volvió a entrar en casa, se desabrigó y se acomodó en el sofá a mirar las fotografías que había sacado. Tal como le había parecido, la luna no resultaba ni de lejos tan impresionante en la fotografía. En la imagen que había tomado desde el porche, la niña apenas era una silueta. Una mancha con forma de persona. La fotografía que había tomado desde la valla era mejor, pero seguía sin ser buena. La falta de nitidez probablemente fuera un error suyo, pensó. Aunque se había esforzado por ponerse al día con la tecnología, en muchos aspectos iba rezagada. «No es tan difícil, mamá. Te complicas demasiado», le había repetido Amy un sinnúmero de veces.

Para ella era fácil decirlo. Había crecido rodeada de tecnología y había aprendido a medida que esta evolucionaba. Sharon no contaba con esa ventaja. Seguía recordando cuando los hornos

microondas habían irrumpido en el panorama y todo el mundo se había quedado estupefacto al comprobar lo rápido que se asaba una patata. En realidad, no era una patata al horno, sino una patata al microondas, pero eso era lo de menos. Cocinar una patata en tan poco tiempo era poco menos que un milagro. Más o menos en aquella época, la idea de grabar en vídeo un programa para verlo cuando se tenía tiempo libre era una novedad. En cambio, ahora era una idea anticuada. Ahora que internet había hecho posible la transmisión en línea, la idea de grabar en vídeo había quedado tan desfasada como un látigo.

Uno de aquellos días intentaría entender cómo ver la televisión por internet. Sonaba muy práctico poder escoger películas y programas y verlos cuando se le antojara. Era como tener una gramola en casa, pero, en lugar de música, podía elegir qué ver en cada momento.

Podría haber enumerado un centenar de cosas por el estilo, tecnologías milagrosas y aparatos que no existían cuando era joven y que ahora estaban tan integrados en el paisaje que nadie parecía prestarles demasiada atención.

La vida cambiaba muy rápido últimamente. A veces costaba seguirle el ritmo.

Más tarde, estando ya en la cama, volvió a pensar en aquella niña. Tenía que haber alguna explicación sensata, o al menos plausible, para que una niña estuviera fregando los platos en la cocina de los Fleming a las once de la noche. Tenía que haberla. Darle vueltas y más vueltas era una pérdida de tiempo. Estaba claro que Sharon había visto demasiados programas de crímenes y había leído demasiadas novelas de suspense. Aun así, al parecer su mente se negaba a olvidarlo. Suspiró y se hizo una promesa, llegó a un compromiso consigo misma para calmar sus inquietudes. Si era capaz de imaginar una situación razonable, lo olvidaría todo. Su mente barajó múltiples ideas hasta quedarse con una. Quizá, pensó, la niña fuera una pariente que estaba de visita. Y quizá, solo quizá, se había levantado de la cama para ir a beber un vaso de agua y se había entretenido jugando en el fregadero. La señora

Fleming había aparecido y se había irritado al verla jugar con el agua cuando debería estar durmiendo.

Visto así, tenía sentido. Tenía que haber ocurrido algo por el estilo. Algo más calmada, Sharon se quedó dormida.



# Capítulo 3

Sharon tenía previsto explicarle a su hija lo de aquella niña de la ventana la próxima vez que hablaran. Pensó que lo mejor sería enviarle la imagen para que Amy la tuviera como referencia. Pero Sharon no llegaría a hacerlo si Amy no le iba explicando los pasos, y sabía que eso desencadenaría una trifulca. A Sharon la acobardaba pedirle ayuda. Amy tenía razón al impacientarse por tener que explicárselo por enésima vez, y Sharon no podía evitar sentirse tonta. «No es tan difícil», le diría su hija.

Y Sharon tendría que admitir que era cierto. No era tan difícil. ¿Por qué no conseguía metérselo en la cabeza?

Estaba casi segura de que el icono que se utilizaba para compartir fotografías era aquella pequeña *V* con círculos en ambos extremos, la que le recordaba a *Star Trek* por algún motivo, pero le daba miedo utilizarla sin verificarlo antes.

–¿Tanto les costaba poner la palabra «Compartir»? –se había preguntado en voz alta la primera vez que habían hablado de ello–. Sería mucho más fácil.

–No, es más fácil así, y mejor –había contestado con rotundidad Amy, antes de proceder a explicarle por qué–. Porque así todo el mundo lo ve de un simple vistazo, tal como sabes de manera intuitiva cuál es el símbolo del botón para encender todos los electrodomésticos.

Sharon no tuvo el valor de confesarle a Amy que durante mucho tiempo, para recordar cuál era el botón de encendido, había tenido que pensar que parecía el contorno del pecho de una adolescente.

Amy era una mujer ambiciosa, una abogada especializada en derecho laboral. Su nuevo empleo en la Costa Este estaba rela-

cionado con contratos para la industria naviera. A Sharon todo aquello le sonaba muy árido y poco interesante, pero a Amy se le daba de fábula el arte de la negociación y leer la letra pequeña. Y a juzgar por su salario, debía ser buena en su trabajo. Sharon se sentía orgullosa de ella, aunque no siempre la entendiera.

Antes de jubilarse, Sharon había imaginado sus años dorados como una oportunidad para pasar más tiempo con su hija, pero, cuando Amy se marchó, revisó su sueño y llegó a la conclusión de que sería una oportunidad para apuntarse a clases o hacer trabajo de voluntariado. Parecía una buena idea, pero al poco de dejar el mundo laboral, la había aparcado en cuanto había descubierto la felicidad de tener libertad de horarios. La verdadera felicidad era hacer lo que quería, cuando quería y sin tener que rendir cuentas ante nadie. A Sharon le gustaba su vida, aunque a veces se sintiera un poco sola.

No quería meterse en problemas con los vecinos, pero la niñita a la que había visto la noche anterior fue lo primero que le vino a la mente al despertarse. Tener la opinión de Amy sobre el asunto le iría bien.

Sin embargo, cuando Amy la telefoneó de manera inesperada aquella mañana, el tema de la niña misteriosa se le fue de la cabeza. Sharon, que estaba desayunando, dejó la cuchara sobre la mesa para responder.

Tras intercambiar los saludos de rigor, Amy fue directa al grano:

–Mamá, siento mucho pedirte esto, pero necesito un favor.

Sharon contuvo el aliento. Amy nunca pedía nada. Incluso de niña había desestimado su ayuda, decidida a averiguarlo todo por ella misma. Si le pedía un favor a su madre, la única explicación era que no había podido resolverlo sola.

–Claro, cariño. ¿Qué necesitas?

Escuchó la voz aliviada de Amy al otro lado del hilo.

–Sabía que podía contar contigo –dijo.

–Por supuesto. Lo que sea por ayudarte.

–Bueno, en realidad no se trata de ayudarme a mí exactamente –dijo Amy–. Es a Nikita.

—¿Nikita?

Sharon sintió una punzada en el estómago. Nikita Ramos era una niña de acogida con la que Amy había establecido una relación mientras trabajaba como voluntaria de abogada de oficio. En aquel entonces, Amy no le había contado demasiado sobre aquella muchacha, solo que había estado en una casa de acogida desde los doce años y que la vida para ella había sido una lucha incesante.

Sharon solo había visto a Nikita una vez, y eso había sido antes de que Amy se trasladara a Boston, cuando, por casualidad, se las había encontrado de compras en el centro comercial. Amy las había presentado y Sharon había notado que Nikita la repasaba de arriba abajo con una larga mirada. Por supuesto, Sharon había hecho exactamente lo mismo. Nikita le había parecido una de esas niñas duras, tanto por su lenguaje corporal como por su aspecto. Llevaba el pelo largo, teñido de color negro azabache con un mechón lila, vestía una camiseta también negra con una gran calavera en la pechera de uno de cuyos ojos sobresalía una serpiente. Parecía buscar que la estereotiparan como alguien con quien mejor no meterse en líos. Y, además, parecía ansiosa, como si necesitara fumarse un cigarrillo o algo peor. Nikita la había saludado y le había dicho que estaba encantada de conocerla, pero no la había mirado a los ojos ni una sola vez, algo que a Sharon le había resultado sospechoso.

—¿Qué pasa con Nikita? —preguntó.

—Necesita quedarse en algún sitio y, bueno, he pensado que tú vives sola y tienes la habitación vacía en el piso de arriba.

Amy tenía la costumbre de decir algo y dejarlo suspendido en el aire, a la espera de la reacción de la otra persona. Pero no era por reticencia, y Sharon lo sabía. Su hija podía ser pasmosamente atrevida cuando era necesario. Aquella pausa era una estrategia, una oportunidad para que Sharon sintonizara con la manera de pensar de Amy.

—¿Me estás diciendo que quieres que viva aquí? —le preguntó.

Se le agolparon las objeciones en el cerebro. Hacía siglos que no subía a la planta de arriba y no tenía ni idea de en qué condiciones

estaba la habitación, por no hablar de lo que representaba convivir con una adolescente. Apenas había sabido criar a su propia hija, y eso que Amy había sido fácil. Una niña modélica, en todos los sentidos. Ni siquiera sabía lo que comían los adolescentes ahora. Y quién sabía con qué bagaje emocional cargaría esa cría después de haber vivido en casas de acogida. ¿Qué pasaría si Nikita causaba algún desperfecto en la casa o se ponía violenta? ¿Y si le hacía daño al gato? Sharon se estremeció solo de pensarlo. Había infinidad de razones para negarse, pero sabía que Amy no se lo pediría si no fuera importante. Y también sabía que no pondría deliberadamente a su propia madre en peligro.

Amy dijo:

–Será solo durante una temporada. Me ha llamado y sonaba desesperada. Me ha dicho que no podía quedarse donde está ni una noche más. Estaba frenética, dispuesta a marcharse ya, pero la he convencido de que se quedara hasta que se me ocurriera algo. Si te soy sincera, no tengo ni idea de qué sucede. No me lo ha querido decir, pero sí sé que necesita irse de allí ahora mismo.

–Un momento, un momento –dijo Sharon–. Que yo me aclare... Pensaba que Nikita era demasiado mayor para seguir en casas de acogida.

Estaba segura de ello. Recordaba que Amy se había encargado de ayudarla a encontrar un alojamiento después de graduarse en el instituto. Amy ya se había mudado a Boston por aquel entonces, pero había tomado un vuelo a Wisconsin para ocuparse de todo. Su hija tenía buen corazón.

–Sí, así es, y desde entonces ha vivido en varios sitios. Sé lo que te está pasando por la cabeza, mamá. Pensarás que tanto cambio solo puede ser señal de que es problemática.

Y eso era exactamente lo que pensaba Sharon, aunque se avergonzara de ello.

–Pero no es cierto. Nikita ha vivido un infierno. Lo único que necesita es una habitación y un poco de apoyo, alguien que esté de su parte, que la haga creer que es importante –Amy hablaba con voz firme–. Podría haber llamado a algún amigo, pero tú



has sido la primera persona en quien he pensado. Creo que os podríais llevar bien.

–¿Cuánto tiempo se quedaría?

–¡Gracias, mamá, gracias! Eres la mejor. Sabía que me ayudarías.

–La gratitud de Amy manó a borbotones por el teléfono, hablaba tan rápido que la pregunta de Sharon se perdió en el torbellino—. Te enviaré la dirección y el teléfono de Nikita por mensaje de texto. ¿Cuándo puedes ir a buscarla?

–Cuando sea –respondió Sharon, mirando su cuenco de cereales de avena a medio comer.

Se lo acabaría en un minuto. En cuanto al resto de sus planes, bueno, los platos sucios podían esperar, y la montaña de toallas que tenía por doblar también. Esa era la ventaja de estar jubilada y de vivir sola. Su tiempo era suyo y solo suyo. O al menos lo había sido hasta ahora.

–Voy a llamarla para decirle que vas de camino. Gracias otra vez, mamá. ¡Eres genial!

En aquel momento, Amy sonaba más como si tuviera catorce años que cuarenta, lo cual hizo sonreír a Sharon.

Después de despedirse, Sharon colgó el teléfono y deseó no estar cometiendo un grave error.



# Capítulo 4

El GPS condujo a Sharon hasta un barrio decadente, una zona conocida por su alto índice de delincuencia. Había casas de todo tipo; algunas estaban bien mantenidas, prueba de ello eran sus jardines cuidados y sus caminos de acceso despejados de nieve, mientras que otras parecían abandonadas, con pintura desconchada en las fachadas y el terreno lleno de basura. Sharon negó con la cabeza. ¿Cómo podía alguien tener un frigorífico en el porche delantero o un coche sobre bloques de hormigón en el camino de acceso? Desde luego, cada cual vivía a su manera...

Cuando llegó a la dirección indicada, apagó el motor, se apeó del vehículo y recorrió el camino de entrada cubierto de nieve hasta la puerta. Llamó al timbre y escuchó voces en el interior, primero la de una mujer gritando muy enfadada algo que no atinó a entender, y luego la de un hombre respondiendo con voz igualmente altisonante. Pateó el suelo para limpiarse la nieve de las botas y esperó hasta que, finalmente, al cabo de un par de minutos, la puerta se entreabrió.

Una mujer con mala cara le preguntó a través de la rendija:

—¿Sí?

—He venido a recoger a Nikita.

La mujer se la quedó mirando con expresión inescrutable. «¡Maldita sea! Debería haberlo formulado como una pregunta». Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo, esta vez con tono más decidido.

—He venido a buscar a Nikita. —Al no obtener respuesta, Sharon se preguntó si se habría equivocado de casa—. ¿Está aquí?

—Sí, está aquí —contestó la mujer con cara de malas pulgas, y le hizo un gesto invitándola a entrar.

La mujer dio media vuelta con brusquedad y se alejó dejando la puerta entreabierta.

Sharon entró y la observó desaparecer al final del pasillo. A la izquierda, una escalera conducía a la planta de arriba. A la derecha, en el salón, un hombre calvo que rozaba la cuarentena estaba sentado en una butaca reclinable gastada mirando algo en una tableta. Tenía puestos unos auriculares y no parecía haberse percatado de la presencia de Sharon.

—¿Nikita? —la llamó Sharon—. Soy Sharon Lemke, la madre de Amy. He venido a buscarte.

—¡Bajo en un minuto!

La voz llegó desde la planta de arriba y, un minuto después, Nikita apareció tirando de un maletón y con una mochila colgada del hombro. Llevaba puestos unos tejanos desgarrados y una sudadera muy holgada. La maleta debía de ser pesada, a juzgar por los golpes que daba en cada escalón. Nikita parecía distinta de aquel día en el centro comercial, más cansada y con marcadas ojeras. Ya no llevaba el mechón lila en el pelo.

La mujer regresó a toda prisa por el pasillo, con rostro enojado. Se detuvo a pocos pasos de chocar con Sharon. Por un instante, Sharon pensó que iba a pegarle, pero, en lugar de eso, descargó su cólera con Nikita.

—¿Así que ya está? ¿Te largas de aquí sin darnos ni un solo día de aviso? —preguntó cruzando los brazos.

Nikita no respondió; se limitó a mirar a Sharon.

—Vámonos —dijo, señalando la puerta con la cabeza.

—¿Y qué hay de tu trabajo? No vas a poder seguir trabajando ahí si te vas del barrio. ¿Cómo vas a ir a trabajar sin un coche? Me apuesto lo que quieras a que ni siquiera lo has pensado.

Nikita se encogió de hombros.

—Tampoco era ninguna maravilla de empleo. —Cargó con la maleta hacia la puerta—. Ya conseguiré otro.

Sharon sostuvo la puerta y Nikita levantó la maleta para cruzar el umbral.

A su espalda, la mujer dijo:

—¿Y te vas así, sin más? ¿Ya está? Te damos una habitación y te tratamos como si fueras de la familia. Sin el dinero que me pagas por el alquiler, este mes no voy a llegar a fin de mes. ¿Qué se supone que tengo que hacer yo ahora? Seguro que ni siquiera te importa, ¿verdad? Eres escoria, eso es lo que eres.

—¡Eh, basta ya! —la atajó Sharon, pero nadie pareció darse cuenta. Nikita no volvió la vista atrás.

—No puedo quedarme.

La mujer soltó un rosario de blasfemias que las siguió de camino al coche. Sin decir palabra, Sharon abrió el maletero y Nikita metió dentro la maleta. Aún en silencio, subieron al vehículo. Mientras encendía el motor, Sharon volvió la vista hacia la casa y vio al hombre observándolas a través del ventanal de la fachada.

Habían recorrido ya unas cuantas manzanas cuando Sharon dijo al fin:

—Vaya, esa mujer era un encanto.

—Sí.

Nikita se remitió el cabello por detrás de la oreja y suspiró.

—¿Tienes hambre? Podemos hacer un alto en algún sitio y comer algo.

Nikita negó con la cabeza.

—No, gracias.

Cuando se encontraban más cerca de casa, Sharon volvió a hablar:

—Ya casi hemos llegado. Vivo al final de la siguiente manzana.

—Es un barrio bonito.

Nikita apoyó la mano en la ventanilla y miró hacia el exterior como una niña.

Las casas tenían un tamaño engañosamente modesto, teniendo en cuenta las vidas privilegiadas de la mayoría de sus inquilinos. Vacaciones en Hawái. Tutores para los niños. Segundas residencias en lagos en el norte para el verano. En términos económicos, Sharon era una excepción. Pero no le importaba.

—No te dejes impresionar —dijo—. Mi casa es una de las más pequeñas. De hecho, es la más pequeña. Con diferencia.

El agente inmobiliario le había dicho que, en su origen, había sido una casita de invitados de una finca aledaña, idea que a Sharon le había parecido divertida.

Sharon recordaba la reacción de su hija la primera vez que vio la nueva casa. Si habían podido costeársela, había sido solo porque Sharon había obtenido una indemnización por un accidente de tráfico que la había dejado malherida. Incluso después de haber soldado los huesos, la pierna y la cadera no habían vuelto a ser las mismas, pero los 60.000 dólares le habían pagado las sesiones de fisioterapia y le había quedado suficiente para dar la entrada de una vivienda. Entonces Amy cursaba su primer año de instituto y a Sharon le entusiasmó encontrar una casa dentro de su presupuesto en el barrio donde estaba la escuela de Amy. Se la enseñó emocionada a su hija una vez que los vendedores aceptaron su oferta, haciendo hincapié en que no sería necesario cambiar de colegio y en que, por primera vez, tendría su propio cuarto de baño. Sabía que la casa era diminuta y que estaba destartada, pero no había anticipado la falta de entusiasmo de Amy. En un intento por darle un giro positivo a las cosas, Sharon había añadido:

–Ya sabes lo que dicen: ¡la peor casa de la manzana es la mejor inversión!

A lo que Amy había respondido:

–Ya, pero ¿tenías que comprar la peor casa de todo el estado?

Y Sharon había soltado una carcajada.

Aún se sonreía al recordarlo. La casa estaba hecha una ruina, pero había cumplido su función y Sharon no tenía previsto mudarse a corto plazo, sobre todo con todas las mejoras que le había ido haciendo a lo largo de los años: la reforma de los dos cuartos de baño y de la cocina, los nuevos apliques, la pintura de las paredes y el cambio de suelo en todas las habitaciones. Al ver fotos antiguas, costaba creer que se tratara del mismo lugar.

Se detuvo en el acceso al garaje y pulsó el botón para abrir la puerta. Guardó mientras se levantaba.

–Nikita, quiero...

–Niki.

–¿Qué?

–Llámemme Niki, por favor. Amy es la única a quien permito que me llame Nikita.

–De acuerdo. –Era una petición fácil de cumplir. No le costaba nada llamarla Niki, si ella lo prefería, pero habría sido un gesto que Amy le comunicara ese pequeño detalle. Aparcó en el garaje y apagó el motor—. Como te decía, Niki, me gustaría que te sintieras como en casa. Y, por favor, tutéame. Hace mucho que vivo sola, así que, si necesitas algo, pídemelo. No estoy acostumbrada a convivir con nadie.

–No me quedaré mucho tiempo, si es adonde quiere ir a parar.

–No, no me refería a eso. –Pero Niki ya estaba abriendo la puerta, así que Sharon hizo lo mismo, se apeó del coche y abrió la portezuela del maletero—. En realidad, me refería justo a lo contrario.

Niki sacó la maleta.

–De acuerdo.

Sharon, sin dejar de hablar nerviosamente, empezó a avanzar por el camino hasta la puerta de casa. Aquella muchacha la inquietaba, le resultaba insondable. ¿Qué habría inducido a Amy a pensar que se podían llevar bien? Mientras recorrían la casa, le fue diciendo:

–Aquí están las perchas para colgar el abrigo y hay una alfombrilla para dejar las botas si entras con los pies mojados. –Se descalzó las botas y colgó su abrigo, pero Niki se limitó a asentir con la cabeza y no hizo ademán de quitarse la sudadera o los zapatos. Sharon retomó el recorrido, mientras decía–: Como puedes ver, aquí está la cocina. Y esa puerta da al lavadero. Utiliza la lavadora y la secadora cuando quieras. Y si necesitas que te ayude a ponerlas, avísame. Son bastante nuevas y muy tecnológicas. Yo tardé un montón de tiempo en aclararme sobre cómo usarlas –confesó—. Tuve que ver un tutorial en YouTube tres veces para que me quedara claro.

Durante todo aquel rato, Niki fue arrastrando su maleta y no se desprendió de su mochila. Miró a su alrededor como si buscara las salidas, como si se preparara para escapar en cualquier momento.

Después de atravesar el salón, Sharon señaló con un gesto a su

gato anaranjado, que estaba tumbado, completamente extendido sobre el respaldo del sofá.

–Ese es Sarge. Es muy perezoso y es poco probable que te moleste.

Niki se inclinó para acariciarle la cabeza a Sarge y el gato le dio unos golpecitos de apreciación con el hocico en la palma de la mano.

–Qué dulce –dijo Niki, frotándole bajo la barbilla–. ¿Se llama Sarge?

–El diminutivo de Sargento Arrumacos.

–Perfecto –dijo Niki, haciendo un gesto de aprobación con la cabeza.

Continuaron. Sharon señaló hacia la entrada principal y rodeó toda la casa hasta llegar a su dormitorio, con un cuarto de baño adyacente. Atravesó la estancia y abrió la puerta para enseñarle el aseo.

Sharon tenía una rutina ensayada que solía interpretar cuando les mostraba la casa a sus invitados, una especie de disculpa por el tamaño de las habitaciones y, por mera costumbre, empezó a explicar:

–No es demasiado grande, pero como es solo para mí y...

Niki soltó su maleta por primera vez y echó un vistazo a la estancia, hechizada.

–Creo que es el cuarto de baño más bonito que he visto nunca.

Flexionó el cuerpo, doblándolo por la cintura para contemplar de cerca el suelo de azulejos hexagonales.

–¿De verdad?

Niki se enderezó y asintió con la cabeza.

–Es muy bonito. ¡Y solo para ti!

Pasó un dedo por las encimeras de granito y contempló las lámparas colgantes con forma de tulipán, unos apliques de anticuario que a Sharon le encantaban tanto por su aspecto como por la luz rosada que proyectaban.

–Qué suerte vivir aquí.

–Pues sí. Mucha gente de mi edad busca apartamentos con asistencia. Y supongo que ese tipo de viviendas tiene sus ventajas, pero yo prefiero quedarme aquí mientras pueda.



–Si yo tuviera esta casa, no me mudaría nunca.

Sharon sonrió.

–Me has leído el pensamiento.

Niki asintió con la cabeza y luego se volvió para mirarla.

–Si voy a dormir en el sofá, ¿dónde dejo mis cosas? ¿En el cuarto de la lavadora?

Sharon tardó un momento en entender a qué se refería.

–Ah, no, no vas a dormir en el sofá. Puedes instalarte en la antigua habitación de Amy, en la planta de arriba. Acompáñame. Te llevaré a verla.

Sharon tomó la delantera y abrió una puerta que daba acceso a una angosta escalera de madera. Antiguamente, la escalera conducía a un desván, pero los anteriores propietarios lo habían reconvertido en dos dormitorios y un cuarto de baño. El dormitorio más amplio había sido el de Amy; la otra habitación se utilizaba como trastero. La llamaban «el cuarto de los trastos». Sharon se lo contó mientras subían las escaleras. Cuando llegaron a la habitación de Amy, a Sharon le alivió comprobar que estaba ordenada y sin polvo, que la cama estaba hecha y no había trastos tirados por el suelo ni sobre la cajonera. Amy debió de dejarla ordenada la última vez que vino de visita.

–Ponte cómoda. La cajonera debería estar vacía.

Niki dejó la maleta junto a la cama y se dirigió hacia la ventana.

–Da al patio de atrás –le dijo Sharon, colocándose junto a ella y señalando–. Las vistas no son ninguna maravilla.

–¿Quién vive en esa casa? –preguntó Niki.

Desde aquella altura, veían directamente una de las estancias de la planta superior. Hacía mucho tiempo que Sharon no subía al dormitorio de su hija y se le había olvidado que la segunda planta tenía aquellas vistas.

–Los Fleming. Una pareja con un hijo adolescente y un perrito.

–¿Los conoces?

–No, no hemos coincidido nunca. Algunas veces los he visto al pasar en el coche por delante de su casa.

–Lo entiendo.

–Pero justo anoche me pareció ver algo raro.

Sharon no tenía previsto sacar el tema a colación, pero se le escaparon las palabras.

–¿Raro en qué sentido?

Se encogió de hombros.

–Tal vez no sea nada, pero anoche salí al patio de atrás hacia las once de la noche para contemplar el eclipse lunar. –Sharon hizo una pausa y, al ver que Niki no decía nada, continuó–: Vi a una niñita fregando los platos en la cocina. Era una niña muy pequeña, de unos cinco o seis años, ¿sabes? Me dio la sensación de que estaba subida a un taburete delante del fregadero. Me pareció raro porque los Fleming no tienen ninguna hija, al menos que yo sepa.

No supo interpretar la expresión de Niki. ¿Pensaría que era una vieja metomentodo que no tenía nada mejor que hacer que espiar a los vecinos?

–Pero, aunque tuvieran una hija, ¿por qué iba a estar fregando los platos a las once de la noche? –preguntó Niki, como si le leyera el pensamiento.

–Eso digo yo –replicó Sharon–. Se me ocurrió que quizá tuvieran invitados en casa, pero ¿por qué iba a estar esa niñita fregando los platos?

Niki asintió con la cabeza, sopesando sus palabras.

Sharon añadió:

–Y luego vi a la señora Fleming entrar en la cocina y, aunque todo pasó en una milésima de segundo, me pareció que estaba furiosa. Le pegó un tirón del brazo a la niñita y desaparecieron de la vista.

–A mí me suena a niña en acogida –aventuró Niki.

–No creo que tengan a una niña en acogida –respondió Sharon, cayendo en la cuenta de que apenas sabía nada de aquella familia.

–Podrían tenerla y que no lo supieras –le rebatió Niki–. Encaja perfectamente con lo que viste. Una niñita fregando los platos por la noche. Probablemente la hubieran castigado y encima se metió en más problemas por no hacerlo bien.

–No... –respondió Sharon, boquiabierta–. No puedo creer que alguien trate así a un niño.

Niki soltó una carcajada irónica.

–Pues créetelo. Pasa todo el tiempo.

–¿Pero tan pequeña? Parecía una cría muy pequeña.

–Pues claro. –Niki entornó los ojos–. Si yo te contara lo que me ha pasado...

Sharon escuchó las palabras de Amy resonando en su cabeza: «Nikita ha vivido un infierno. Lo único que necesita es una habitación y un poco de apoyo, alguien que esté de su parte, que la haga creer que es importante».

Era algo tan sencillo, no era pedir demasiado. No era pedir casi nada.

Sharon dijo:

–Saqué fotografías con el teléfono. ¿Te importaría echarles un vistazo y decirme qué opinas?

Sin esperar a su respuesta, sacó el teléfono y buscó la imagen más nítida.

Niki agarró el teléfono que le tendía Sharon. Se quedó mirando la pantalla un momento y luego deslizó el dedo para ver las otras imágenes, hasta acabar de nuevo en la que Sharon le había mostrado primero. Su rostro se tiñó de compasión.

–Pobrecilla. –Levantó los ojos y miró a Sharon–. Necesita que alguien la ayude.

–¿De verdad lo crees? –Escuchar a alguien poner palabras a sus pensamientos la desconcertó–. Yo pensé lo mismo, pero no sabía qué hacer. No he sido testigo de ningún maltrato, solo de un momento extraño. Y no conozco a la familia.

–Es una llamada difícil –opinó Niki.

–¿Crees que debería llamar a alguien?

–¿A los servicios de protección a la infancia, por ejemplo?

–Sí, algo así.

Niki torció la boca mientras pensaba y luego negó con la cabeza.

–No hay ningún maltrato que puedas demostrar. Y ni siquiera sabes quién es esa niña. Podría no ser nada.

–Pero no lo parece –apuntó Sharon.

–Sí, yo también lo creo.

—¿Y qué hacemos?

—Conocerlos y observar. Confía en mí: si pinta raro, probablemente haya gato encerrado. Cuando sepas algo más, cuando tengas información real, entonces podrás denunciarlos. Si te anticipas, les darás la oportunidad de encubrirlo.

Niki parecía hablar por experiencia propia, lo cual hizo que Sharon se preguntara una vez más qué le habría pasado en la vida.

—Buen consejo.

Sharon se asomó a la ventana, pero no había nadie a la vista ni nada que señalara la existencia de ningún problema en el hogar de los Fleming. Se sentía mejor después de haberlo compartido con Niki. Dos pares de ojos veían mejor que uno.